DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON MANUEL CAÑETE.

Madrid,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1858.

6.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON MANUEL CAÑETE.

Madrid,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1858.

DISCURSO

DE

DON MANUEL CAÑETE.

Señores:

Costumbre gallarda ha sido siempre, aun en los mas claros varones á quien la Real Academia Española ha recibido en su seno, declarar en ocasion como esta no haber merecimiento que supere en importancia á la honra de sentarse entre vosotros. Yo menos que ninguno de vuestros elegidos podria interrumpir esta loable costumbre, porque tal vez mas que todos ellos soy deudor á vuestra indulgencia de inmerecidos favores. Momentos hay en los que apenas acierto á darme cuenta de cómo yo, falto de la ciencia que poseeis, logro este codiciado honor y llego á hermanar con hombres venerables por los años y la virtud, por los servicios á la patria, por el saber y la gloria.

Una sola consideracion pudo, Señores, influir en vosotros para no desairar mi noble deseo. Habeis visto la constancia con que, por espacio de algunos años, he defendido ardientemente los fueros legítimos del arte, sin que en la lucha diaria para mantener la integridad del idioma patrio y acudir en defensa de los principios del buen gusto, se torciese nunca mi pluma del lado de la injusticia voluntaria, ni rindiese tributo

á la venalidad que prostituye las letras. Por ello, animados de un impulso generoso, habeis perdonado en mí el poco caudal de inteligencia y doctrina, para recordar y recompensar el encendido entusiasmo, los bien intencionados propósitos, la sinceridad y rectitud, que avaloran, si no autorizan, la crítica, conquistándole á justo título la benevolencia de los doctos.

Completa seria hoy mi dicha, si no la enturbiase el ver compendiada en este sitio la ley por quien se rige la humanidad, que vive y se desarrolla sin que lo estorbe el limitado existir de las generaciones y razas en el curso de los siglos. Indigno fuera yo de ascender al Capitolio de las letras, si, desvanecido por el triunfo, no consagrase un recuerdo á mi predecesor el baron de Lajoyosa, á quien tres insignes Academias contaron en el número de sus mas celosos individuos.

Y ahora, permitidme volver los ojos al objeto predilecto de mis amores literarios, á la casta y benéfica poesía, rayo (segun las elocuentes palabras de nuestro Cervántes) que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y, al paso del deleite, lleva consigo la honestidad y el provecho.

Más de una vez se ha repetido que la variedad de combinaciones con que brinda la naturaleza al que goza en admirarla, es fuente siempre nueva de inspiracion y de poesía. Y como nada se expresa mejor que lo que se siente bien; como teniendo alma no es posible permanecer indiferente á la belleza de los campos, de los mares ó de los cielos; como el inmenso poderío del Criador se muestra, así en la desordenada furia cuanto en la paz de los elementos, así en el aterido invierno, que despoja á la tierra de sus galas y parece que la aproxima á la muerte, como en la risueña primavera, llena de vida, de

flores y fragancia, la poesía nutrida en el amor de la soledad y acostumbrada á respirar el aire embalsamado de lás montañas, ha de ser necesariamente bella, interesante, verdadera, si no se halla viciado el ingenio por el mal gusto, ó maleado el corazon y extraviada la inteligencia por el pernicioso influjo de una bastarda filosofía.

Tiene crédito aun la opinion de que la poesía sirve solo para deleitar embelleciendo ficciones; y de aquí deducen algunos que no existe donde no hay ficcion, ó cuando menos, que esta es su principal elemento constitutivo. Pero yo, Señores Académicos, he tenido siempre por mas exacto que la poesía es ante todo verdad, y que vive de la sinceridad de sentimiento y de expresion. Jamás será poeta el hombre que no sienta animarse la naturaleza á los latidos de su pecho, que no halle conceptos de una elocuencia infinita en el susurro de las hojas, en el murmurio de las fuentes, en el cantar de las aves.

«Para abarcar el conjunto de la naturaleza, ha dicho un gran escritor filósofo (1), es preciso no fijarse únicamente en los fenómenos externos, sino hacer siquiera por entrever algunas de las misteriosas analogías y armonías morales que ligan al hombre con el mundo exterior.»

Reflejándose en la imaginacion aquel sublime espectáculo, ha conmovido siempre el alma y empeñado á los depositarios del rayo divino de la inspiracion en revelar por medio de la fuerza pintoresca de la palabra, quién con mas originalidad, quién con menos, el sentimiento que inspira la contemplacion de la naturaleza. Y de aquí mi propósito de examinar cómo han expresado este sentimiento tres esclarecidos ingenios españoles de otras edades, en quien se reunen circunstancias cuyo estudio puede servir para mejor comprender la historia de la poesía lírica posterior al renacimiento literario, y cuyo

(1) HUMBOLDT: *Cosmos*.

númen se desarrolló en épocas diferentes y en muy distintas esferas : tales son Garcilasso, Luis de Leon y Rioja; el guerrero, el fraile y el cortesano.

¿Cuál era, pues, el estado de la civilizacion, cuál el de la poesía española cuando aparece en nuestro Parnaso

El Títiro español, nuevo Sincero,
Cuya divina musa toledana
Dió poder á la lengua castellana?

Mejor que yo lo saben cuantos me escuchan. Al nacer con el siglo XVI el césar Cárlos V, hallábase la civilizacion europea en uno de esos períodos fecundos en que se realizan acontecimientos portentosos, de los cuales uno solo hubiera bastado para llenar y caracterizar todo un siglo. En Constantinopla sucumbe el imperio bizantino ; desde el Bósforo amenaza el turco á la cristiandad; y en tanto que los españoles rompen el yugo mahometano á orillas del Genil, la fe religiosa y científica de Colon arranca á los mares el secreto de un mundo desconocido, y lleva á las regiones antípodas, con el habla castellana, la enseña de la redencion del hombre.

Ni eran estos prodigios los únicos realizados al alborear el siglo XVI. Los caractéres del tipógrafo de Maguncia detienen

la palabra veloz que antes huia;

fijan y perpetúan los tesoros de la religion cristiana, los del saber antiguo, expuestos á perecer olvidados, y extienden por todas partes las obras de la inspiracion y de la ciencia. Afánanse los sábios por limpiar, acicalar y pulir el texto de los mejores escritores de la antigüedad, copiando los fragmentos de los templos griegos y romanos, las pinturas de las termas y de los sepulcros; Rafael eclipsa la gloria de Apéles; Miguel Angel levanta el Vaticano, y Vargas, Juanes, Berruguete,

Siloe, Machuca y cien otros mas rinden en España fervoroso culto á las nobles artes.

La caida de Constantinopla llevó á Italia las reliquias del vasto imperio que sujetaba á su poder los territorios mas florecientes de Europa y Asia. Los griegos fugitivos acaban de inflamar á los italianos; Roma revive de sus ruinas; en ellas recuerda su primitiva grandeza; en los restos que traian Lascaris y sus compañeros de emigracion reconoce la ciencia y el gusto de sus maestros; abrazada á la cruz, se consagra á emular el esplendor de los Césares; levanta la pisoteada clámide imperatoria, y con mayores atractivos que gentil resplandece cristiana.

Las guerras civiles de Bolonia y Pisa; los campos de Lombardía talados por las huestes imperiales y francesas; Gonzalo de Córdoba conquistando un reino; Cárlos V guerreando desde el estrecho de Hércules hasta las aguas del Danubio y en las arenas de la Libia, no asordan á las deidades del Pindo. Los guerreros no cantan las palmas de tan heróico siglo, sino la quietud pastoril de la Arcadia, el silencio amoroso de los bosques; y en tanto que los libros de caballería inflaman y enloquecen á los soldados, trayéndolos á sobrenaturales empresas, la lira no se aplace sino imitando á Teócrito y Virgilio.

Pasma contemplar el cúmulo de sucesos providenciales por que habia llegado nuestra nacion á hacer el primer papel en el siglo de Leon X y Cárlos V. Contra los mas fundados cálculos de la prudencia humana, adquiere á deshora vastos imperios; suena reino y es provincia. Sus mas ilustres hijos corren á Italia á recoger la herencia del duque de Milan; y el comercio intelectual que á consecuencia de sus relaciones y conquistas se establece entre españoles é italianos, empeña mas á los ingenios de nuestra patria en torcer el curso de su

inspiracion nativa, para seguir á los poetas del siglo de Augusto y á los toscanos educados en su escuela. Cierto es que no se desdeñó Juan de Mena de imitar en sus *Trezientas* las fantásticas visiones del Dante, ni de consagrarse á estudiar los clásicos latinos, presumiendo de enriquecer nuestra lengua con atavíos de la de Horacio. Pero la imitacion de los antiguos no habia sido aun reducida á precepto para los escritores del siglo de Juan II y de los Reyes Católicos. Si bien menos tersa, pulida y clara que la destinada á sucederle, fué sin duda alguna mas espontánea y original la poesía castellana inmediata predecesora del renacimiento, porque se alimentaba de la religion y aspiraba á retratar al hombre, acomodándose á las nuevas costumbres, hábitos de gobierno, tradiciones é intereses locales. Con motivo de la reforma que Garcilasso llevó á término, se le hace á Boscan el grave cargo de que introdujo en un pueblo valiente y sóbrio el gusto afeminado y muelle de los vencidos. Razon tienen los acusadores. A la viril energía que hacia exclamar á Jorge Manrique :

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir,

comunicando á los metros cortos una robustez más real que aparente, y á la expresion de los pensamientos la concision y austeridad anuncios de un gran carácter, sucedieron, por punto general, en el siglo XVI frias amplificaciones de sentencias recogidas en otros poetas ó imágenes reflejadas de otros entendimientos. Y como al hacerlas propias no se las fundia de nuevo para darles forma distinta de la primitiva suya, antes bien se procuraba copiar la de los originales en que se habia buscado inspiracion, las *canciones*, *églogas* y *sonetos* de los innovadores, como todo lo que tiene algo de forzado y demasiadamente artificioso, suelen interesar menos que la in-

génua expresion de pensamientos y afectos espontáneamente nacidos en el alma del poeta.

No se crea que al adelantar este juicio, me propongo menoscabar en lo mas mínimo la importancia ni el mérito de Garcilasso. Lo que acabo de exponer, como en tésis general, respecto de la poesía con razon denominada *erudita*, más es disculpa que censura de aquel peregrino ingenio: á él solo pertenecen los aciertos que avaloran sus obras; los errores que las deslustran se han de atribuir únicamente al siglo en que vivió.

Ya lo hemos visto. Durante el XVI el mundo se ocupa en desenterrar lo que habian abatido y despedazado el tiempo y la mano asoladora del hombre; la admiracion aherroja la inventiva del ingenio; la novedad por aquellos dias consiste en gustar de lo viejo y en saber apreciarlo, de donde surge en cierto modo el imperio del buen gusto; en una palabra, el poeta, que solo busca la originalidad en la imitacion, prefiere, y rara vez lo alcanza, crear imitando. ¿Qué extraño, pues, que Garcilasso, despreciando la gótica rudeza de los vates castellanos que le precedieron, quisiese adornar su propia lengua con nuevas y lucientes galas de la latina, y con pensamientos y giros de Petrarca, Sannazaro, Fracastor y Bembo? No es esta ocasion de enumerar cuánto debieron á Garcilasso las buenas letras, que entraron en España con el imperio; bástame seguir los pasos al que, *con espíritu divino*,

Al grave Tajo en sus arenas de oro
Mezcló el licor toscano y el latino,

para sorprender el secreto de su alma cuando se apacienta en la contemplacion de las bellezas campestres.

Séame dado lamentar, no obstante, que un poeta muerto en el vigor de la juventud, que pasó la mayor parte de la

vida guerreando á fuer de bueno contra los enemigos de su patria; y que á pesar de ello tuvo tiempo y genio bastante para consumar una transformacion radical en la versificacion y el estilo, para fijar la lengua, comunicando á la diccion poética tan abundante sávia y frescura, que hoy es, y aun se conserva como entonces en toda su lozanía,—no se hubiese abandonado á sus naturales impulsos al sentir conmovida y arrebatada el alma ante las maravillas del universo. ¿Qué no habria hecho al tocar en este raudal fecundo de inspiracion un hombre como Garcilasso, abrigando la exacta idea de que para encontrar flores de verdad no hay que buscarlas en los jardines, sino en los campos? Qué, si no hubiese por sistema rechazado el arte de apasionarse de la naturaleza? Qué á entregarse abiertamente al sencillo placer, por el cual el mundo físico se insinúa en la imaginacion del poeta sin que él mismo lo perciba?.....

Despues de la pesada fatiga de la batalla, cubierto de sangre y polvo, y ceñidos los victoriosos laureles de Túnez, cuando aun retumban en sus oídos estrépito de armas, tumulto y gritería, y agitan su espíritu escenas de muerte y desolacion, creo mirarle buscando reposo en callado y solitario bosque, junto á un fresco arroyo, á la sombra de un árbol, y allí con la lectura de sus poetas favoritos borrar, sin esfuerzo, del pensamiento lo pasado, y convertirle á imágenes dulces y risueñas. Entonces se despiertan suavemente en su alma los recuerdos del amor y de la amistad, vuelve los ojos á la hermosura que le rodea, y exclama :

¡Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles, que os estáis mirando en ellas;
Verde prado, de fresca sombra lleno;
Aves, que aquí sembrais vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;

y entonces pondera así los hechizos de su amada :

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mas blanca que la leche y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno!

ó se transforma en sus camaradas y amigos, recuerda sus infortunios, y teme perder la que adora, porque el amigo perdió su amada :

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?

Nacido para el amor y la amistad, dechado de nobles afectos, claro y castizo en el estilo, sencillo y pintoresco en la frase, habria podido Garcilasso expresar cual muy pocos el sentimiento de la naturaleza, si se hubiese detenido mas á observarla, buscando en sí mismo lo que pedia á latinos y toscanos. Él, con los metros recien traidos de Italia juega y en todos domina, como si usarlos hubiera sido antigua y natural costumbre en la musa ibera. ¿Quién ha excedido hasta ahora la belleza de elocucion y versificacion de sus liras, que nacen en *La flor de Gnido* armadas de toda perfeccion y hermosura? Ved cómo el poeta avasallaba la forma al describir el campo, igualando y en ocasiones superando á sus modelos:

Convida á un dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua, que la clara fuente envia;
Y las aves sin dueño,
Con canto no aprendido,
Hinchen el aire de dulce armonía;
Háceles compañía,
A la sombra volando,

Y entre varios olores,
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando.

¿Por qué quien expresa de este modo los encantos de la naturaleza, se empeña en fingir pastores, cuyas magníficas palabras censura él mismo cuando dice:

Quién te hizo filósofo elocuente,
Siendo pastor de ovejas y de cabras?

Ni se concibe que en la *Elegía al duque de Alba*, escrita en tercetos admirables, para deplorar la muerte de D. Bernardino de Toledo, imagine al viejo Tórmes despedazándose los cabellos y mal paradas barbas, y en torno suyo desmayadas y sin ornamento las ninfas, y que no encuentre para curar el dolor del Duque mejores médicos que sátiros y faunos.

Pero Garcilasso, como todos ó casi todos los líricos del renacimiento, con menos exageracion tal vez que otros muchos, no parece español ni cristiano en la mayor parte de sus composiciones. ¿Quereis de ello otra prueba? Cuando está padeciendo el enojo de su emperador y rey, léjos de la patria, desterrado en una frondosa isla del Danubio, apenas fija la atencion en la hermosa naturaleza que tiene delante de los ojos, y ni siquiera busca en la religion el menor consuelo; y para expresar el sentimiento de que se halla poseido, para describir el lugar donde se encuentra, pide imágenes á la erudicion, apela á sus recuerdos y estudios, y concluye por apostrofar á su cancion misma, sin duda porque así lo hizo Petrarca. Y eso que en estos versos hay rasgos que indudablemente revelan profunda sensibilidad y la conciencia limpia y el alma heróica del poeta:

Tengo una sola pena,
Si muero desterrado

Y en tanta desventura,
Que piensen por ventura
Que juntos tantos males me han llevado.

La amenidad del sitio, la soledad y la prision habrian arrancado sin duda acentos mas graves y melancólicos, mas sencillos y naturales al corazon, tan tierno cuanto varonil, del príncipe de nuestros líricos, si este no hubiese forzado de antemano su propio espíritu á sofocar la dulce melancolía que infunde en un pecho sensible el espectáculo de la naturaleza, por rendir tributo á símbolos paganos, cuyo habitual empleo no podia menos de ser una extravagancia. En buen hora que los poetas de la antigüedad, que convertian en dioses las inclinaciones humanas y poblaban los cielos de deidades, tan capaces de ciegas pasiones como los mortales, echasen mano, para dar mayor importancia á la descripcion de la naturaleza, de un recurso que tenia además la ventaja de proceder legítimamente de sus creencias religiosas. Enhorabuena que la ignorancia por una parte, y por otra el temor que en ciertos casos infunde la supersticion, procurasen explicar los fenómenos físicos atribuyéndolos á intervencion de seres sobrenaturales, y creyesen ver en cada uno de ellos una mitológica aparicion. Pero cuando ya mas ilustrado el hombre, ha conocido las causas y móviles de aquellos fenómenos y no le sorprenden ni aterran, antes bien los calcula y los ve anticipadamente aproximarse, buscar por tales modos la regeneracion de la poesía es más que un anacronismo. Desde el triunfo definitivo de la religion cristiana las fuentes no ocultan ya entre sus linfas séres racionales que viven y se quejan, y nos oyen y nos atienden; Eco no es una ninfa que responde á nuestros acentos; los árboles no son semidioses que nos miran, nos observan y nos protegen; las horas no ensillan y encienden los caballos del sol, ni este apaga su hoguera en el

Atlántico levantando el humo que envuelve en oscuridad la nóche y se deshace en lágrimas á la aurora. ¿A qué, pues, encadenar la inspiracion á tales ficciones los poetas del siglo XVI? A qué valerse de este aparato, ya caduco, de imágenes engañosas? A qué desoir la muda y al par sublime elocuencia de la creacion, por prestar oídos y resucitar y acariciar esta charlatanería pagana? La virtud propia del laurel en que se habia transfigurado, ¿pudo, por ventura, impedir que el rayo abrasase á Dafne?

Y ¿por qué estos anacronismos hacen desmerecer los poemas del siglo XVI? ¿Cómo el gran poeta, el príncipe de los poetas, que tan bellamente se inspira en el seno de los campos, bastardea el sentimiento de que nace su inspiracion? Porque el libro que tiene en la mano se ha interpuesto entre su alma y la naturaleza.

Para encontrar en los ingenios españoles é italianos de entonces rasgos dictados por el sentimiento religioso ó por hazañas y sucesos contemporáneos, hay que detenerse en buscarlos, mientras que por todas partes se escuchan los anticuados sonidos del caramillo y la zampoña, ó se ven pobladas las selvas de fabulosas deidades. Pero no está lejano el dia en que empiece á ser otro el arte de imitar. Rebélase al fin la inspiracion propia é individual contra el despotismo del modelo, y añade el estudio de la lengua hebrea y de los tesoros bíblicos nuevos elementos de vida á la lira castellana. Las ninfas del Alfeo y del Tíber, que tendian al aire la cabellera de esmeralda, convidando al placer sensual en alcázares de ópalo, huyen medio avergonzadas ante las ondas del Jordan, cuya celestial virtud purifica y regenera.

Gracias á la potencia creadora de la fe cristiana, hállase las mas veces originalidad en esta segunda série de imitadores, donde en primer término brilla, aunque no sin rival tan ad-

mirable como S. Juan de la Cruz, el agustino de Belmonte, el horaciano Luis de Leon.

Veinte y cinco años tendria poco mas ó menos Garcilasso cuando vino al mundo el que la Providencia divina habia destinado á ser gloria de la religion y de las letras. Pero antes que este llegase á la edad en que el desarrollo de las facultades mentales permite al hombre penetrar en el santuario del saber, la dulce avena del amigo y discípulo de Boscan habia enmudecido para siempre; y la nueva poesía, trasplantada á nuestro suelo jóven ya y hermosa, adquiria con extraordinaria rapidez vigor y fuerza suprema. Las obras poéticas del religioso Luis de Leon, á las que se aplicó más por inclinacion de su estrella que por juicio y voluntad, se le cayeron como de entre las manos, segun él mismo asegura, en la mocedad y casi en la niñez. Pertenecen, pues, á los últimos años del reinado de Cárlos V, reinado que vió nacer en Alemania los errores de Lutero (tan influyentes despues en el rumbo de la civilizacion, costumbres y relaciones sociales) y que asordó la Europa y el mundo con el estrépito de las batallas contra turcos, franceses y berberíes, con el encarnizamiento de las guerras de religion y con las disputas teológicas.

Cuando animado de fervoroso patriotismo prorumpia nuestro agustino en los enérgicos acentos de *La profecía del Tajo*, el esplendor y bizarría de la época galante y guerrera de Cárlos V se preparaba á ceder el puesto á la política sagaz y prudente de Felipe II; y á tenor de esta imperceptible modificacion paulatina iba tambien modificándose el carácter de la inspiracion, si ya menos risueña, fresca y graciosa que en Garcilasso, de mas viriles alientos, mas vehemente y filosófica.

No era Fr. Luis de Leon hombre capaz de dejarse avasallar por la tiranía de la moda, ni en materias literarias ni en otra

alguna. Aficionado por carácter al vivir encubierto, y mal codicioso de aplausos, que su cristiano espíritu reputaba solo vanidad y ruido, el virtuoso agustino era de aquellos á quien ni desvanece la prosperidad ni desespera la desgracia. Consagrado al estudio desde la primera juventud, no halla raudal que apague su sed de ciencia; y si anhela sabér, es para explicar mas atinadamente la verdadera doctrina. Natural, expansivo y concentrado al mismo tiempo, lo cual parece á primera vista una paradoja, huye el bullicio de las gentes para dar rienda suelta en la soledad á los tesoros de amor y ternura que su corazon encierra. Así se explica el ansia con que, todavía muy jóven, se apresuró á entrar en el cláustro; así la suma y variedad de conocimientos que poseía; así tambien la escasa influencia que, por la índole especial de su carácter, hábitos é inclinaciones, habian de ejercer en sus obras las convenciones de escuela. ¿Quiere esto decir que las poesías del Maestro Leon están limpias de reminiscencias de otros autores? Ni siquiera imaginarlo. Fray Luis imita, Fr. Luis utiliza discretamente el fruto de sus lecturas. ¿De qué suerte? Haciendo propio lo ajeno; comunicando nuevo ser á lo que de otros recibe; hallando, en una palabra, el secreto de ser original en la imitacion. Por lo demás, harto es sabido que en las obras del ingenio suele haber coincidencias inevitables. El corazon es siempre el mismo, y los sentimientos del alma, esencialmente iguales en todos los hombres. ¿Cómo, pues, evitar en casos dados que la simultánea inspiracion de dos ó de mas poetas, que reconoce por fuente un solo orígen, se produzca en términos semejantes entre sí, ó exprese las mismas ideas sin ser deliberadamente imitadora? El lamentar lo breve de la hermosura del rostro, el considerar cuán fácilmente se marchita la belleza, ¿no es propio de todo el que quisiera perpetuarla en el ser y estado en que la

admira? Pues donde esta admiracion exista, ó se trate de lamentar aquella pérdida, allí los que expresen tal idea han de encontrarse, quieran ó no, en el fondo ó en la forma.

No creo yo que la inspiracion lírica está en decadencia hace millares de años, aunque lo diga un maestro como Villemain. Podrá ser que en los siglos modernos le falte el estímulo, hijo de las circunstancias y de las costumbres, que comunicaba mayor brio á los cánticos de la profetisa Débora é inflamaba el espíritu de Moisés al prorumpir en alabanzas al Criador, despues de haber pasado el mar Rojo; podrá ser que le falte el aparato y concurso que servia como de marco al cuadro de las famosas odas de Píndaro. Pero si la lírica ha perdido algo en popularidad y en efecto, no ha decaido ni decaerá en esencia donde existan almas templadas para el entusiasmo. La inspiracion lírica puede ser, es de hecho, en ciertos grandes poetas de las edades modernas, tan arrebatada, tan vigorosa, tan intensa, mucho mas intensa que la de los griegos, aunque mas individual y circunscrita. Y no solo compite en arrebato, en sinceridad, en jugo con la de los poetas de Grecia y Roma, sino la excede á veces en intension y ternura, sobre todo cuando recibe impulso, como en Fr. Luis de Leon, del sentimiento cristiano. No conseguirá en un momento dado triunfos tan estrepitosos, porque le falta el teatro donde solia brillar en los pueblos de la antigüedad remota; mas no por eso dejará de herir profundamente en la soledad las cuerdas del corazon á que particularmente se dirija, ni de ser oida del mundo entero, en alas del periódico y del libro.

Las poesías de Garcilasso no nos conmueven tan hondamente como las de Fr. Luis de Leon (que es no menos conocedor é imitador que aquel de los poetas antiguos é italianos), porque el vate de Toledo no se habia sobrepuesto á la índole avasalladora de los estudios clásicos, esencialmente paganos.

De aquí nace sin duda que el Maestro Leon venza en originalidad á Garcilasso. La originalidad no está en el sugeto, sino en el poeta; Ariosto se apoderá de un asunto tratado antes por Bojardo, cuyos pasos sigue muchas veces, y es, sin embargo, uno de los ingenios mas originales que han existido, y abre camino á la creacion del *Don Juan* de Byron.

Fr. Luis ve, con la superioridad de un alma que desdeña las vanidades mundanas, los triunfos de la ambicion y de la soberbia, la agitacion de una época de grandes acontecimientos, de luchas terribles; y desahoga la vena de su corazon, eminentemente poético, volviéndose á la naturaleza y á la soledad, como á puerto que le brinda con reposo, léjos del piélago en que luchan y se agitan los mas activos intereses políticos y sociales. Por eso, cuando se ocupa en traducir los Salmos del Rey Profeta, en las horas que le dejan libres las penosas atenciones de su magisterio, no se propone solo hacer bellos versos, sino rendir tributo á la ardiente fe que abriga su alma, y que necesita exhalarse por tal camino en cánticos celestiales. Por eso hermana bizarramente en sus rimas lo bello con lo sencillo, y lo original con lo natural y verdadero. Espíritu de este delicado temple debia comprender y sentir como el que mas la poesía de la naturaleza.

Dejad, Señores Académicos, que recuerde en este lugar el nombre de los grandes escritores místicos, casi todos ellos grandes poetas, que florecian al par de nuestro agustino, y que, amamantados en la Sagrada Escritura, procuraban acercarse á Dios en la soledad; á Dios, que ha dicho por boca del Salmista, lo cual encarece aun mas la importancia de las bellezas naturales: «La hermosura del campo está en mí.» Dejad que admire los prodigios de la fe cristiana y los de la ciencia católica en una Teresa de Jesus, en un Granada, en un S. Juan de la Cruz, en un Estella, en un Reyes, en un

Chaide, en tantos otros cómo en aquella gloriosa época inundaron én pura luz los espacios del saber, y encontraron en el seno de la religion un entusiasmo, un fuego, una inspiracion á que no llegan los poetas profanos de mas nombradía, aunque á veces los superen en el artificio de la forma. Dejad que busque en el alejamiento de los placeres mundanos, en la oscuridad de la vida monástica el crisol donde el alma se depura, donde el hombre, desprendido de las pasiones, de las miserias, de los vicios que infernan el mundo, sofoca los sórdidos impulsos de su propia naturaleza, enseña por qué senderos se evita el choque desastroso de los intereses terrenales, y cómo se aprende á moderar los deseos y á encontrar felicidad en los sencillos placeres con que brinda la hermosura de los campos al que no se deja arrebatar en el torbellino de la ambicion.

Ved, ved cómo el insigne maestro de la escuela salmantina procura aliviar el trabajo de la cátedra en la amenidad de un soto, isleta en medio del rio Tórmes, apegada á la presa de una aceña. Oidle exclamar:

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto,
Ya muestra en esperanza el fruto cierto;

más ufano de disfrutar pacíficamente las delicias de este retiro, que de sus riquezas el magnate para cuya codicia fueran poco los tesoros de Creso, ó á cuya vanidad pareciera mezquina la pompa de un soberano.

Mirad cómo se aplace en describir los bellos objetos que ofrece á sus ojos la naturaleza para regalo de su espíritu, fatigado con el estudio:

Y cómo codiciosa,
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura:
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

En las claras noches de estío, antes de entregarse á la oracion, contempladle asomado á la ventana de su celda para respirar un momento el fresco vientecillo que agita los jazmines y moradas campanillas que la festonan; poseido del sentimiento despertado en su corazon por el espectáculo que admira, dando rienda suelta á sus profundas meditaciones, oidle prorumpir en estos sublimes acentos:

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo,
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
«Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Al alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, escura?»

Entonces lamenta el error que apartando al hombre de la verdad, lo aleja del bien divino, y observa cómo el ciego mortal se abandona al sueño, sin reparar en que las vueltas que da el cielo le van hurtando las horas del vivir. Entonces exclama con efusion imponderable :

¡Cuándo será que pueda,
Libre, de esta mansion volar al cielo!

Y rompe en este vigoroso apóstrofe :

¡Oh! Despertad, mortales;
Mirad con atencion en vuestro daño.
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?

Hé aquí ya la originalidad verdadera. Hé aquí el puro, el íntimo sentimiento que inspiran inmediatamente las maravillas de la creacion, negado á quien le busque, no en ellas, sino en las copias y en afectos ajenos. Hé aquí, en fin, tal y como la pudiera apetecer el corazon mas apasionado, el crítico mas exigente, la poesía de la naturaleza.

Fr. Luis de Leon, como los poetas árabes, de cuya índole á un tiempo fogosa y melancólica participa, saca sus mas hermosos símiles de los objetos naturales; y sus poesías, inspiradas como las de aquellos por la constante contemplacion del cielo y de los campos, están llenas de bellezas de suma ingenuidad y frescura.

No es esta ocasion de recordar las persecuciones de que fué víctima nuestro agustino, aunque algunas de sus composiciones parezcan desahogos de su pecho contra la iniquidad que le tuvo encerrado cinco años en las cárceles del Santo Oficio. Bien que el Maestro Leon pudiese decir entonces con San Juan de la Cruz: «Las olas de la calumnia baten hoy mi

rostro, pero no le manchan ni conturban,» —no hay duda en que los rigores de la injusticia encendieron su natural inclinacion á la soledad y al *vivere parvo* de que habla Horacio. En la soledad es realmente donde estamos menos solos; allí la verdad se infunde en nuestro ser y lo purifica del egoismo. Fray Luis de Leon buscaba desde la niñez inspiracion y fortaleza y consuelo en el seno de los campos, como quien sabe que este mundo visible es efecto y obra de las manos de Dios, y que, segun las elocuentes palabras del Maestro Granada, él nos da conocimiento de su Hacedor; ésto es, de la grandeza de quien hizo cosas tan grandes, y de la hermosura de quien formó cosas tan hermosas, y de la omnipotencia de quien las crió de nada. Tal es, á despecho de sus estudios clásicos animados de pagano espíritu, el secreto de la originalidad del Maestro Leon. Tal la causa primaria del tierno y puro amor de la naturaleza, que resplandece en sus obras.

Nadie ignora las circunstancias que mediaron para venir España á caer desde esta plenitud de grandeza en el abatimiento en que la vemos bajo el cetro de Felipe IV; conocida es de todos la especie de transformacion á que la lírica española se siente arrastrada en el siglo XVII, merced al deletéreo influjo de la general decadencia de la nacion.

Cuando Francisco de Rioja comenzó á brillar como escritor y poeta, habian pasado ya para España los dias de triunfos y conquistas de la época gloriosa de Cárlos I en que floreció Garcilasso, y los de órden y paz interior debidos á la prudente energía de Felipe II, durante cuyo reinado ejerció imperio el Maestro Leon en las regiones de la inspiracion poética. Un rey entregado míseramente á un valido, y mas dado á placeres y liviandades que á velar por el bien y conservacion del reino; un ministro ambicioso corrompiendo al Monarca para dominarle, y halagando sus caprichos para usurparle moralmente el

cetro, quebrantándolo cada vez mas en sus inhábiles manos; una corte corrompida, donde apenas habia otro Dios que el oro, ni mejores títulos que la adulacion, ni mayor virtud que la bajeza; la venalidad, haciendo veces de justicia; el valor, no moviéndose ya por arranque generoso de patriotismo, sino por hidropesía de medro; el entrometimiento, el descaro, la desvergüenza, usurpando sus fueros á la modestia, al mérito, á la honradez, y sirviendo de escalon para llegar á todo, para conseguirlo todo: hé aquí el espectáculo que ofrecia en el reinado del Cuarto Filipo nuestra desdichada patria.

Fácilmente se comprenderá que no eran tales tiempos á propósito para que el sábio modesto fuese buscado en su retiro con el fin de utilizar su saber y experiencia en beneficio del Estado, y que entonces el merecimiento se marchitaba y perecia sin el favor. Es opinion acreditada que al de D. Juan de Fonseca y Figueroa, hermano del marqués de Orellana y grande amigo y pariente del conde-duque de Olivares, debió Rioja entrar en la confianza del valido y que este le nombrase su secretario. No hay para qué decir si la eleccion fué acertada. Cuando no por lo que se debe de justicia á la bondad y á la ciencia, ni por lo que pueden esperar de una y otra aquellos á quien está encomendada la suerte de las naciones, por egoismo deberian príncipes y repúblicos rodearse de sábios y virtuosos. Desatender el mérito del amigo leal porque se le tiene seguro, porque se confia en su virtud; y buscar, y halagar, y recompensar al díscolo intrigante, cuya única pauta ha de ser siempre la conveniencia, y de quien se sabe que nunca ha de prestar firme apoyo al que lo levante, mientras columbre esperanzas de subir á mayor altura, — es torpeza insigne en los ministros, es debilidad, solo disculpable en quien no quiere á su alrededor sino pigmeos, con el intento de parecer así de mas elevada estatura.

Tal fué, sin embargo, el proceder del conde-duque de Olivares con D. Francisco de Rioja, con el hombre honrado y agradecido, que pagó con creces las atenciones de su tibio favorecedor, ya saliendo á su defensa en el *Aristarco* cuando los desastrosos movimientos de Cataluña, ya siguiéndole al destierro cuando repentinamente cayó de la cumbre de su grandeza y escribiendo en su defensa el *Nicandro, ó antídoto,* á riesgo de grandes persecuciones. Cierto que, mediante la recomendacion de D. Juan de Fonseca, puso el Conde-Duque los ojos en un hombre de la ciencia, bondad y rectitud de Rioja; pero solo atendió á beneficiar en interés propio las nobles prendas del sevillano, burlando las esperanzas que despertó en él y con que le habia entretenido por largo tiempo. Concíbese, pues, que nuestro poeta escribiese con tan desengañado acento:

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido
Ni subir al honor que pretendiere (1).

(1) Ignórase aun la fecha en que Rioja escribió la *Epístola moral.* En mi opinion debió ser cuando, despues de la caida del Conde-Duque, se retiró á Sevilla, quizá en 1644. El Sr. D. Cayetano Alberto de la Barrera, que ordena actualmente con copiosa erudicion una extensa biografía de nuestro vate sevillano, conjetura que pudo escribirse la *Epístola* hácia el año 1618, despues de la primera estancia del poeta en la corte (créese con fundamento que Rioja nació de 1580 á 1586); pero todavía no se atreve á asegurarlo, tanto por la falta de datos fehacientes en que apoyarse, cuanto porque son no menos fuertes y poderosas las razones que dan á la contraria opinion, cuando menos, apariencias de razonable y de exacta. A mi ver, Rioja no hubiera trazado la *Epístola moral* con la verdad, filosofía y sobriedad de términos que en ella resplandecen, sin tener muy formado el gusto literario y sin haber tocado por sí mismo la vanidad de ciertas grandezas y lisonjas, la ceguedad de la ambicion cortesana; en una palabra, sin haber vivido entre la batahola de los negocios en que debió intervenir como secretario del privado. Leyendo atentamente aquellos admira-

Natural es que todo el que siembra injusticias, avaro del favor para con quien lo merece, no llegue á cosechar sino daños y menosprecios. Algo mas medrado andaria el mundo si los que rigen estados buscasen únicamente apoyo en aquellos que no vacilan en condenar el mal, hállese donde se hallare.

Ved, aquí, pues descifrada la causa de la profunda amargura y humor honradamente satírico de los versos de Rioja. Ved por qué, cuando intenta arrancar la poesía del aire nocivo de la corte, cuando la quiere llevar al campo (oportunamente lo ha dicho en este lugar un ilustre académico), *no canta mas que ruinas*. Y con razon. En ruinas estaba ya la poderosa monarquía de los Reyes Católicos, del Emperador y de Felipe II. En ruinas iba convirtiéndose la inspiracion de Garcilasso, de Leon, de Herrera y los Argensolas. A ruinas, y nada mas que á ruinas, habian quedado reducidos el lenguaje y el buen gusto en la universal falange de culteranos y conceptistas, churrigerescos imitadores de Góngora, Carrillo y Villamediana.

Gloriosa excepcion en su tiempo, Rioja, que vivió como hombre de bien en una corte pervertida, y resolvió en España, como Horacio en Roma, el difícil problema de ser al par lírico y razonador, supo tambien librarse del contagio que por aquellos dias mudaba la sencillez y majestad de la musa ibera en aparato vanidoso de gigantescas locuciones vacías de sentido, ó en cúmulo extraño, y las mas veces ridículo, de imágenes desaforadas. Amaestrado en la desgracia, el poeta sevillano busca auxilio en la filosofía para soportar con resig-

bles tercetos, se vendrá en conocimiento de que Rioja debió escribirlos ya muy entrado en años.

Mucho se acercan tambien á la verdad, si no son la verdad misma, las conjeturas en que se funda la indicacion de que al favor de D. Juan de Fonseca, amigo y pariente del conde-duque de Olivares, se debió tal vez el que este dispensó á nuestro poeta nombrándole su secretario.

nacion las adversidades, y toma por asunto primordial de sus composiciones glosar esta máxima de su predilecto Séneca: *Calamitas virtutis occasio est.*

No anima á Rioja el espíritu imitador, pero galante, puro y lleno al par de frescura, que enamora en Garcilasso, y que participaba de la gallardía de aquella época de hazañas y victorias, de la marcialidad y apostura de la vida del campamento. Tampoco hallamos en sus poesías el místico arrebato, la profunda intensidad lírica del Maestro Leon, que refugiado en el espiritualismo católico, entregado á los inefables placeres de la vida contemplativa, siente por sí, ve mas á Dios en sus obras, las ama profundamente, y goza infinito en contemplarlas, aunque sin tenerlas por parte del mismo Dios, como los modernos poetas panteistas, y muy principalmente los alemanes. Alma de suyo benévola, pero herida y desengañada, Rioja ve, siente, sufre los estragos de la ambicion, de la hipocresía, de la envidia; y bien penetrado de lo instable y perecedero de las grandezas humanas; busca reposo en el seno maternal de la antigua Romúlea, espera que su clima ha de serle mas humano, y vuelve al amor y contemplacion de la naturaleza la actividad de su espíritu. Aunque por genial disposicion y sana doctrina se separe, en cuanto á la forma, del gongorismo á la sazon dominante, no ha de poder abstraerse por completo de las ideas, intereses y miserias de la corrupcion cortesana, en cuyo centro ha vivido sin inficionarse con ella; y así como Virgilio al ver un cañaveral se acordará de Siringa y del rio Peneo, así el poeta sevillano en el aura que pasa gárrula y sonante por las cañas, oye á los charlatanes y aduladores que tanto le han hastiado en la corte, arrabal del infierno, segun la gráfica expresion del secretario Antonio Perez.

Mientras Garcilasso apenas se atreve á juzgar el siglo en

que vive, ni á censurar las guerras donde tanta sangre se vertia, y se limita á decir:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
Algunos premios ó agradecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;

dando así muestra de moderacion, que acredita la fe que en sí misma tenia España en aquella época; en tanto que Fr. Luis de Leon, aunque alejado del bullicio de la sociedad, dice ya que su musa,

En lugar de cantar como solia,
Tristes querellas usa,
Y á sátira la guia
Del mundo la maldad y tiranía;

patentizando en esta inclinacion á la sátira (de la que sin embargo no hace empleo) que vive en dias de espíritu màs positivo que los de Garcilasso,—Rioja, guiado por la pensadora melancolía fruto de los desengaños, indignado ante el vergonzoso espectáculo de la corrupcion general, exclama:

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos;

ó bien en este trazo pinta al desnudo el lamentable estado en que entonces se encontraba la justicia:

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inícuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud ó en qué confia?

Si en los risueños jardines de Sevilla se pára á contemplar la hermosura de una rosa, observa que aun esta no ha tendido al viento las *alas abrasadas*,

> Y ya vuelan al suelo desmayadas.

Si fija los ojos en un clavel, es para preguntarle :

> ¿Dióte naturaleza sentimiento?
> ¡Oh yo dichoso á habérseme negado!
> Hable mas de tu olor y de tu fuego
> Aquel á quien envidias de favores
> No alteran el sosiego.

Tan grande es y tan poderoso el influjo moral en todos los actos del ser humano, que hasta en los objetos naturales ha de buscar y encontrar siempre el espíritu del hombre secretas y misteriosas analogías con lo que llena su corazon ú ocupa su entendimiento.

De todo lo dicho hasta aquí se desprende que solo con el comercio é inmediata observacion de la naturaleza puede llegar el hombre á emularla en acentos poéticos; que el estudio de los clásicos debe servir únicamente de preparacion y advertencia, y que el imitarlos ha de conducir á la originalidad, cuando la imitacion sea medio, y no fin. He procurado indicar de qué modo se diferencian el gentil, que hace bajar el cielo á la tierra, y el cristiano, que tiende constantemente á lo infinito, procurando despojarse de la materia. Habeis visto que la naturaleza es siempre una; pero que aquel la adora obedeciendo á los sentidos, y este, conmovida el alma, la admira como obra de Dios.

El aspecto de la naturaleza se identifica con el estado de nuestro espíritu : para el ánimo afligido se muestra revestida de una dulce melancolía; risueña y alegre para el hombre feliz, es compañera en nuestro contento, alivio en nuestras amar-

guras, maestra elocuente en la soledad, madre cariñosa que en su seno recoge al fin nuestros mortales despojos. Ella canta con las mil lenguas de los árboles y flores, de los arroyos y montañas, del mar y de los astros la bondad y la omnipotencia de su divino Criador.

CONTESTACION

POR

EL SEÑOR DON ANTONIO MARIA SEGOVIA,

individuo de número.

SEÑORES:

DIAS de luto y de gala á un tiempo mismo son estos en que la Real Academia Española abre sus puertas á un candidato. ¡La satisfaccion gozosa de recibir en nuestro seno á un nuevo compañero viene á acibararse con el doloroso recuerdo de un colega, de un amigo, de un hermano, arrebatado á nuestra confraternidad para siempre! Poco importa que no sea nueva, si es en efecto siempre oportuna y provechosa, la reflexion de que en las cosas terrenas, aun el placer mas inocente y puro anda constantemente mezclado con el pesar y la tristeza; por eso, al dar hoy nuestra bienvenida y sinceros plácemes al Sr. D. Manuel Cañete, no podrémos menos de recordar aquel adios postrero que há poco mas de un año dimos al Sr. baron de la Joyosa, al depositar sus restos mortales en la tumba.

Siempre debe llorarse
Si como manda la razon se llora (1).

Sea, con todo, esta lágrima la única que por un solo momento venga á turbar la alegría que en nuestros ánimos debe infundir este acto solemne; alegría, me atrevo á decir, sin hiperbólica afectacion ni asomo de lisonja; y para justificar mi expresion, os pediré que atendais, Señores, primero á las prendas de que se halla adornado el candidato: á su saber y

(1) Fr. Luis de Leon.

discrecion, á su erudicion y laboriosidad, á su juventud y su modestia; y en segundo lugar, al gremio literario de donde nuestro neófito procede, á ese cuerpo franco de la literatura militante, no tan disciplinado como audaz y valeroso, que en la república de las letras puede hacer mucho mal ó mucho bien, segun que se convierta en falange defensora del órden ó en bandería facciosa y turbulenta. Ya se entiende que quiero hablar del *Periodismo*, de cuyas filas, con armas y bagajes, se nos allega el Sr. Cañete; de esas filas, en que tanto conviene reclutar partidarios ardientes, fogosos campeones y paladines de la hoy desamparada y aun perseguida lengua castellana.

Quisieran algunos filósofos ver en las analogías del mundo físico y del mundo moral algo más que un sistema de ficcion ingeniosa; ello es innegable que las leyes generales que naturaleza impuso á todos los seres, y que rigen ordenada y constantemente el orbe material, se encuentran luego como reflejadas ó reproducidas en este otro mundo llamado *sociedad*, menos ficticio acaso, menos artificial y convencional de lo que los hombres comunmente se figuran. Dígolo, Señores, porque me parece que sin esfuerzo de la imaginacion pudiéramos hallar gran semejanza entre la manera en que los cuerpos morales, tales como este nuestro instituto, se conservan siempre los mismos, renovando continuamente los elementos de que se forman, y la que se observa en los seres materiales organizados, los cuales atraen y sustraen del ambiente ó *medio* en que los colocó el Creador, fijan y se asimilan para nutrirse aquellas sustancias adaptables á su naturaleza, obrando las afinidades químicas como principal agente de esta asimilacion. Así es como la Real Academia Española, en medio de la corrupcion actual del buen gusto literario, que más particularmente se nota en materia de lenguaje, halla siempre y átrae hácia sí un número más que suficiente de hombres es-

tudiosos, eruditos, filólogos y humanistas, que como elementos afines se le agregan, reemplazando los que la muerte separa con harta frecüencia de nuestro organismo, séame permitida la expresion. Semejante es, pues, á la transformacion de ciertos extractos vegetales, por ejemplo, en partes constitutivas de otro órden de seres, el fenómeno, muchas veces como hoy repetido, de convertirse un periodista en académico.

Los adelantamientos de la imprenta, la libertad que las modernas constituciones políticas le han concedido en varios estados, y otras mil causas de pocos ignoradas, han contribuido á que el periódico sea en nuestros dias la forma que más comunmente adoptan las obras literarias; y ni aun las científicas escapan á esta necesidad fatal de la sociedad moderna, á pesar de que por su índole más bien requeririan ser presentadas siempre al estudioso con las condiciones todas de un verdadero libro. Síguese de aquí que apenas hay escritor que no haya sido alguna vez periodista; pero es tambien consecuencia lamentable de la naturaleza del periodismo que muchos por él se llaman escritores que no pueden ni debieran arrogarse semejante título, pues que ignoran hasta los primeros rudimentos del arte de escribir, y sobre todo su propia lengua. Y como sea mucho más fácil en todas las cosas humanas el descender, degenerar y corromperse, que el elevarse por el camino de la perfeccion, cuyo sublime tipo siempre se halla fuera de nuestro corto alcance, el resultado ha sido que con la facilidad de embadurnar papel para los periódicos, ha venido á degradarse la profesion de escritor, en lugar de sublimarse y ennoblecerse, como la libertad de imprenta fundadamente prometia. Además, la lectura de ese enjambre de papeles, escritos por toda clase de gentes, ignorantes unos, que son los más, y entendidos otros, que son

los menos; la lectura habitual de esos diarios, en que la pluma del sábio, del humanista, del publicista eminente, del crítico discreto y del poeta inspirado se esgrime al lado de otras plumas menos hábiles, como la del intruso suscritor metido á gacetillero insulso, la del gratuito folletinista impuesto á la empresa por el favor, ó la del estólido corresponsal, que refiere casos y cosas *notables* de su aldea; la cotidiana lectura, repito, de ese fárrago, por no decir torrente, de indigestas producciones ha corrompido el gusto, ha contaminado la masa entera de los lectores, ha inficionado la conversacion familiar, el estilo epistolar y aun el oficial, introduciendo en ellos una endiablada fraseología, y ha causado, en fin, daños inmensos á la pureza, elegancia, sonoridad, donaire y expresiva gala de nuestro bellísimo romance.

Véase, pues, cuánto importa que entre los hombres especialmente dedicados al periodismo distingamos los que con justicia merecen el título de escritores (que por cierto no faltan en la corte ni en las provincias), para no confundirlos con el vulgo de los que solo saben convertir sus desaliñados manuscritos en papel impreso, aprovechándose de la gran facilidad que para tal operacion ofrecen estos nuestros tiempos, en qué, como ya lo dijo Moratin, «todo se imprime.»—Diré más: que cuando un periodista de profesion consigue mantenerse incólume en medio del general contagio; cuando, á pesar de la precipitacion con que trabaja y de la imposibilidad en que se encuentra de meditar y corregir, se conserva puro y castizo en el lenguaje, y preserva su estilo de los vicios de la moderna greguería, del remedo de la frase gálica y del desatinado neologismo que hoy andan al uso, se hace acreedor á mayores encomios y contrae mucho mayor mérito que el autor de un libro reposadamente escrito y sazonado en la solitaria y silenciosa tranquilidad del gabinete.

En este caso encuentro yo á nuestro D. Manuel Cañete. Gran número de volúmenes podrian formarse con lo que tiene escrito en los periódicos literarios *La Aureola* (del cual fué director á los diez y seis años de edad), *La Alhambra* y *El Genil*, en la *Revista de Europa*, en la de *Ciencias y Literatura*, en la del *Español*, y en la mas reciente de *Ciencias, Literatura y Artes*, que todavía se publica en Sevilla; por último, en los periódicos políticos *El Faro*, *El País*, *El Heraldo* y *El Parlamento*. Sus artículos políticos y literarios, y más especialmente los críticos, muestran bien á las claras los profundos estudios con que formó su entendimiento desde la tierna infancia, la buena lectura de que se hallaba nutrido, y la aficion y esmero con que siempre cultivó las humanidades. Así pudo desempeñar con sin igual aceptacion en el Ateneo de Madrid, desde el 1847 al 51, una cátedra de *Literatura dramática*, ramo en que siempre ha mostrado el Sr. Cañete extensos conocimientos, no solo como crítico, sino como autor, pues son varias las obras suyas que el público ha laureado en el teatro.

El discurso que acabamos de oir, Señores, el acertado paralelo que nuestro nuevo compañero ha hecho de tres de nuestros más insignes poetas, demuestra bien á las claras el buen gusto y sana crítica de su autor. Natural era en quien así habia estudiado y analizado nuestra poesía clásica, y sentia bullir en su pecho el estro poético, el deseo de probar tambien sus fuerzas en la lírica. Así lo hizo en efecto el Sr. Cañete, mereciendo que un juez tan competente como el ilustre D. Alberto Lista dijese de sus primeros ensayos que con ellos «se anunciaba un poeta capaz de honrar á su patria».

Pero aquí me asalta el recelo de que tal vez, deteniéndome á elogiar al nuevo académico, no solo ofendo su modestia, sino que convierto en importuno panegírico lo que en mi intencion y juicio habia de reducirse á un sucinto recuerdo de

sus méritos literarios. Para confirmarnos en la justicia y razon con que le hemos abierto esas puertas, y para que esta eleccion quede justificada hasta en el ánimo del concurso que honra el presente acto con su asistencia, basta y aun sobra mucho con el discurso que acabamos de oir al Sr. Cañete, demostracion irrecusable de sus profundos estudios literarios, de su sagaz criterio y delicado gusto. El comentarle yo ahora ó aducir nuevos ejemplos y reflexiones en apoyo de su doctrina, seria fatigar la atencion del auditorio, y borrar con mi desaliñada arenga la grata impresion que á todos nos ha dejado la elegante peroracion de nuestro amigo.

Además, Señores, sorprendido cuando menos lo esperaba con el encargo de esta contestacion, que hubo antes de ser encomendada á sugeto mas idóneo y capaz de corresponder en su respuesta á la brillantez del discurso de nuestro colega, el convencimiento de lo mucho que iba á perder la Academia en tan desgraciada sustitucion ha sido un nuevo inconveniente para quien ya tenia el de su propia insuficiencia. Arrédrame, sobre todo, el recuerdo de las bellísimas oraciones que últimamente han resonado en este recinto, con ocasion semejante á la de hoy; y léjos de aspirar á competir con tan inimitables dechados, he creido deber limitarme á lo que meramente exige en rigor la comision honrosa que me ha sido conferida; esto es, á dar, en nombre de nuestra Real Academia, la bienvenida al nuevo compañero, felicitarle por su elocuente discurso, y alargándole, por decirlo así, la mano al atravesar esos umbrales, conducirle hasta el puesto que entre nosotros viene á ocupar tan dignamente. Reduciéndose á esto mi papel, con lo cual hay más que sobrado para que yo lo tenga á grande honra, no he pensado de modo alguno en seguir paso á paso el exámen crítico del Sr. Cañete.

Séame permitido, sin embargo, lamentarme de que, por

temor acaso de parecer difuso, se haya abstenido el nuevo académico de analizar las obras de los tres ilustres poetas bajo el punto de vista de su maestría en manejar la lengua en que escribieron; punto que, como otros varios, solo ha querido indicar someramente. Hubiera sido este uno más, y no de los de menor importancia, entre los muchos buenos documentos que su discurso crítico contiene, y una tácita impugnacion de la herética máxima que hoy, por desgracia, cunde y prevalece, de que la pureza del lenguaje es dote muy accesoria, ya que nó completamente indiferente, en las obras de ingenio, con especialidad en las poéticas. Fácil es demostrar lo absurdo de semejante principio; pero la mejor refutacion, á mi entender, seria probar el hecho contrario, analizando nuestros grandes modelos. ¿No es este el más claro argumento? No viene la historia de la literatura de todas las naciones á atestiguar que es imposible ser buen poeta sin ser buen hablista, y que para la poesía, que es la música de las ideas, es tan necesaria la buena ejecucion y destreza en el instrumento como en la música propiamente dicha? Y si no, ¿dónde están, cuáles son los poetas cuyas obras hayan llegado á la posteridad sin el adorno, digo mal, sin el requisito indispensable del buen lenguaje? No creo que pueda citársenos ninguno; y al contrario, puede afirmarse que sin gran dificultad se encontrarian en la literatura de todos los pueblos numerosísimos ejemplos de composiciones poéticas que han alcanzado eterna duracion, no por la bondad intrínseca, por la verdad, por el valor ni aun por la poesía de los pensamientos, sino por la sonoridad y gala del lenguaje poético, por la artificiosa contextura del metro, por la expresion feliz; circunstancias todas que pueden embellecer una idea tal vez falsa ó absurda, á la manera que, dorándola, se hace agradable á los ojos una repugnante píldora.

Los españoles, menos aun que otro pueblo alguno, entiendo yo que debiéramos dudar de esta verdad tan evidente; porque, si bien se mira, las bellas propiedades de la lengua castellana y el modo de manejarla de nuestros buenos poetas constituyen el mérito fundamental de las tres quintas partes de nuestro Parnaso. Verdad es que, en mayor ó menor proporcion, eso mismo acontece á la poesía de todas las naciones. Y si así no fuera, si no consistiera la belleza de una composicion poética, como de toda obra de arte, tanto ó más en la forma que en la esencia; si el encanto de los versos no estribara más en el modo de decir y en el bien decir que en lo que se dice, ¿cómo habia de llevarse en paciencia la frecuentísima repeticion de un mismo pensamiento? ¿Cuántas serán las veces que ha dicho en verso el hombre á la mujer «Yo te amo»? Cuántas las que la ha motejado de mudable, de falsa y de perjura? Pues ¿por qué leemos y releemos con placer millones de versos en que no hay sino esas ideas (que cada cual además ha repetido por su parte tambien algunas veces, aun cuando solo haya sido en pedéstre prosa); por qué, digo, no nos causa hastío la eterna repeticion de tan manoseados pensamientos, si no es por la extremada variedad y belleza en la manera de expresarlos? ¿Quién podria resistir á Petrarca si no hubiera acertado á dar tal variedad y gala de expresion al tema siempre igual de sus elegíacas lamentaciones?

Habríanse ya quejado ¿cuántos millares de poetas? del severo desden de un sin cuento de lindos ojos, cuando á Gutierre de Cetina se le ocurrió preguntar á otros tales:

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?

¿Por qué, pues, se nos quedó grabado á todos en la memoria este madrigal desde que en las escuelas le aprendimos?

Por qué es tan generalmente sabido y repetido, sino por su graciosa versificacion y por la secreta mágia de su dulcísima armonía, y porque la feliz expresion, la atinada eleccion de las palabras le hacen muy superior á otras composiciones dedicadas al mismo asunto?

No puede darse exclamacion mas vulgar para quien se duele de un no previsto y triste caso, como suelen serlo los acontecimientos todos que forman el miserable tejido de la humana existencia, que la exclamacion de «¿Quién me lo dijera?» Y sin embargo, Garcilaso acertó á darle novedad y poesía cuando prorumpe diciendo:

¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores.....? etc., etc.

No menos trivial era la idea que Ovidio expresaba al comenzar de su tercera elegía. A cualquiera puede ocurrírsele el decir, conmemorando un triste suceso: «Hoy es, y todavía brotan lágrimas mis ojos cuando se presenta á mi memoria la tristísima imágen de aquella noche.» Mas este modo de expresar el pensamiento no le hubiera eternizado como aquellos fluidísimos versos:

Cum subit illius tristissima noctis imago.....
Labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.

Tal es, repito, á mi entender, la dote principal de nuestros buenos poetas: el manejar bien la lengua, y ser esta una de las más ricas, sonoras, armoniosas y propias para la poesía entre las conocidas. Por eso vemos que marchan á la par, prosperan ó decaen, se perfeccionan ó degeneran, el lenguaje y la poesía; por eso levantaron la nuestra á tan grande altura muchos ingenios, que en elevación de ideas, en ternura de

afectos, en profundidad filosófica y en el calor de la fantasía, no solo tuvieron rivales, sino que acaso quedaron inferiores á los poetas de otros tiempos y de otros países.

No es ahora de mi asunto el demostrar esta proposicion, ni aun creo siquiera que me toca seguir al Sr. Cañete en el exámen de esos tres poetas, extendiéndome á considerarlos como hablistas; habré, pues, de contentarme con decir que, si Garcilaso, Fr. Luis de Leon y Rioja son universalmente reconocidos y contados entre los príncipes de nuestra poesía, lo deben muy especialmente á la manera en que cultivaron y supieron servirse de la lengua castellana. Ellos fijaron el sentido de varias voces, introdujeron locuciones y giros nuevos, tomándolas de las lenguas hebrea, griega, latina y toscana; pero entiéndase que en estas novedades procedieron con inteligencia filosófica y guiados por el buen gusto; que en materia de lenguaje las innovaciones han de servir para enriquecer y embellecer el idioma, no para empobrecerle y embrollarle; los neologismos tienen tambien sus reglas y razon de ser, como los engertos en las plantas, los cuales no pueden ni deben hacerse de un árbol cualquiera en otro árbol, ni en cualquiera sazon, ni sin arte, ni sin objeto. Sabian aquellos tres ingenios próceres, y saben todos los maestros en el arte de escribir, que las alteraciones en el habla de una nacion culta han de hacerse por determinacion sesuda, nacida del saber, y no por desaliño é incuria, hijos de una ignorancia crasa.

Cuánto hizo en favor de nuestro aun no bien atildado romance el númen poético de Garcilaso no es posible encarecerlo. Dos son las grandes influencias que contribuyen á formar el lenguaje de un pueblo : la del legislador discreto, que fija el valor y define el sentido de muchas palabras de tal manera, que ya no pueden tener otro (y esto hizo nuestro

D. Alonso el Sábio), y la del poeta, que graba en la memoria, por no decir en el alma, de todo un pueblo la forma verdaderamente estética de la representacion del pensamiento. Bajo este concepto, los versos de mérito real son joyas de inapreciable valor, como los de los tres preclaros varones á quienes hoy ha pasado muestra el Sr. Cañete; de cuyos versos, por lo que contribuirian á enseñar el buen castellano y formar el gusto, podria decirse lo que Fr. Luis á otro diferente propósito: «Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oídos y que solo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas, de noche, no sonasen otros cantares; y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí.» (*Oficial* dice, recordándonos que esta palabra va anticuándose en el sentido de menestral, artesano, artífice; *oficial* llamaria Fr. Luis al platero, al carpintero, al tornero, al ebanista, al alarife, al tundidor, al sastre, al talabartero, al zapatero de nuevo ó remendon, con otros infinitos, que hoy ya trabajan tal vez menos y peor, pero no son *oficiales*, porque han dado en la flor de llamarse *artistas*.)

Volviendo á Garcilaso, no puedo resistir á la tentacion de repetir aquí la observacion ya hecha de que, habiendo florecido en los principios del siglo XVI, y á pesar de las alternativas de prosperidad y decadencia por que ha pasado nuestra lengua desde entonces hasta la presente calamitosa época de corrupcion y de mal gusto, de galicismos, arcaismos, neologismos y jerga insoportable, sus obras son de todos entendidas y para todos igualmente sabrosas. «Apenas hay, dice Ticknor, una palabra ó frase de las que usó Garcilaso que no sea hoy dia considerada como propia y castiza..... Su estilo y diccion viven aun, como vive su nombre, con tanta

más razon, cuanto han sido consagrados por la costumbre.» Lo mismo sustancialmente habia dicho Quintana.

Esto es en cuanto á la diccion y al estilo; pues ¿qué dirémos del tino para elegir, segun su material estructura, las palabras; del admirable acierto con que el poeta combina los sonidos de manera que, no solo recrea el entendimiento, sino que deleita el oído con la melodía de su canto?—Provechoso en gran manera será siempre el estudio de Garcilaso, aun bajo este solo aspecto, á los que quieran profundizar toda la capacidad músical, por decirlo así, de nuestra lengua. Su égloga primera, tan universalmente conocida, tan general y justamente celebrada, brilla no menos por esta que por otras circunstancias. Bien pudieran aplicarse á la melodiosa entonacion de esta dulcísima égloga aquellos versos de Fr. Luis de Leon y decir que

El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
. . . . cuando suena
La música extremada,
. . . .
A cuyo son divino
El alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su orígen primera esclarecida.

Porque, en efecto, no hay alma sensible que no se sienta arrobada por el artificio melódico de esta bellísima composicion. De los cuatrocientos veinte versos de que consta, son muchos los que tienen las cinco vocales, y muy pocos en donde no se encuentren á lo menos cuatro; advirtiendo que en esta observacion se comprenden la mayor parte de los versos cortos, es decir, de los heptasílabos. Las letras consonantes se ven empleadas con no menor acierto y conocimiento de la armo-

nía, y al mismo tiempo faltan ó escasean mucho las articulaciones ásperas, las sílabas duras y las combinaciones poco eufónicas que tan profusamente emplean los escritores desaliñados é ignorantes, para quienes todos los vocablos son igualmente buenos con tal de que mal ó bien vengan á significar su pensamiento. Como la citada égloga y las demás composiciones de Garcilaso están sin duda bien presentes á la memoria de cuantos me escuchan, tengo por excusado el acumular ejemplos, y me limitaré á aclarar lo dicho con una sola cita:

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando.

Así dichos estos tres versos, hubieran sido sin tacha en cuanto al metro y al sentido; nada obligaba al poeta á ingerir en el segundo el adverbio *juntamente*, ni siquiera la precision de uniformar las estancias, pues que aun se estaba al comenzar de la primera; pero su buen gusto en el decir, y su oído delicado le sugirieron sin duda el intercalar aquel vocablo sonoro de suyo, significativo además de la union de los pastores; con él mejoró la estrofa, y logró que el verso quedara más numeroso y rotundo, completando asimismo con graciosa elegancia el pensamiento.

Salicio juntamente y Nemoroso,

dijo, pues, y tan bien dicho, que á nadie le ha ocurrido tachar de superfluidad ó importuno ripio esa palabra. En resúmen, pocos poetas han sabido como Garcilaso dar tanta novedad y sabor á las palabras más comunes y aun prosáicas, empleándolas unas veces donde su peculiar armonía las hace más gratas al oído, otras donde su sentido realza la idea. Esto se llama entender bien el *callida junctura* del famoso precepto de Horacio: *Dixeris egregiè*.

No quisiera, Señores, importunar á la Academia ni al discreto concurso que me atiende, prolongando demasiado este exámen; ni aun la esperanza podria alentarme de que el eco de mis desautorizadas palabras, resonando fuera de los límites de este estrecho recinto, pudiese ir á obrar allá entre la turba infiel prodigiosas conversiones. A la manera que en el pecador empedernido hace poca mella el panegírico de un santo, dechado de todas las virtudes cristianas (y menos si el predicador es fraile de misa y olla, y el sermon algo gerundiano), los pecadores modernos, que tan en poco tienen el estudio de la lengua, no es de esperar que se enmienden por los elogios que yo aquí hiciere del ilustre vate toledano; antes bien temo que me respondan con aquella frase de rebeldía contumaz, que ya puso en su boca un chistoso satírico moderno:

Y rabie Garcilaso enhorabuena;
Que si él habló la lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

Achaque es este, señores, de la edad presente. Entiéndese por independencia el sacudir todo yugo, todo freno, hasta el de la razon; pónense en tela de juicio las verdades mas inconcusas, como por ejemplo, la de que el hablar bien una lengua es mayor mérito que el hablarla mal. De esta epidemia moral, que todo lo infesta, nace asimismo la corrupcion literaria. Ya de antiguo tienen observado los médicos que cuando reina epidémicamente una enfermedad, todas las análogas toman el mismo carácter, degenerando en aquella. Por razon semejante se ve hoy la literatura acometida de dolencias que no le son realmente propias ó constitucionales. El mismo espíritu de ciego error que induce á los hombres á sacudir todo freno político, moral y religioso, ese mismo es causa de que nieguen la obediencia á toda autoridad literaria.

De ahí procede tal vez esa invasion terrible é importuna de los neologistas, galicistas y enemigos de todo buen lenguaje; invasion semejante á la de la langosta ó á la del cólera:

> Dejémosla pasar como á la fiera
> Corriente del gran Bétis, cuando airada,
> Dilata hasta los montes su ribera (1).

Y volviendo á nuestro poeta, diré, en conclusion, que en el intento de imitar y aclimatar en nuestro suelo la métrica toscana, en que trabajó Garcilaso tan acertadamente, que excedió á Boscan y á los demás coadjutores de la empresa, siguió tambien á sus modelos en la manera y método de pulir el lenguaje y de combinar la entonacion poética con la sencillez y claridad de la diccion.

Molesto sería para los que me escuchan extender yo ahora estas observaciones á los otros dos poetas juzgados ya por el Sr. Cañete; basta abrir por cualquiera página las pocas, aunque tan bellas, de Fr. Luis de Leon; las poquísimas, aunque tan valiosas, de Francisco de Rioja, para convencerse de que ante todas cosas son ambos, como Garcilaso de la Vega, maestros de la lengua en que escribieron. Véase, si no, cómo el ilustre agustino sabe amoldar, sin adulterarle, el romance castellano á la imitacion feliz de la musa hebrea; obsérvese la maestría con que saca y emplea para sus cánticos sagrados registros majestuosos y sonoros, diferentes sí, pero no menos puros que los melodiosos y suaves que para sus versos amatorios sirvieron al tierno cantor de la *Flor de Gnido*. Compárese la robustez y gravedad de tonos del uno con la dulzura de los del otro, por ejemplo en estos dos pasajes, en que ambos apostrofan, mas á cuán diferente objeto y con cuán distintos efectos:

(1) Rioja.

Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda,
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y libre verme pueda?

Con tan melodioso acento llora el poeta poseido de amor, puro sí, pero terreno; el fuego del amor sagrado tiene en su música notas de mas grave resonancia:

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

Viene luego Rioja, poeta filósofo y moralista, y hace vibrar aquellas cuerdas de su lira que á su propósito convienen, notándose en la frase majestuosa, y en la armonía, mas severa que dulce, de sus versos el primor con que adecuaba al asunto su lenguaje. Su celebrada *Epístola moral* basta para demostracion; composicion bellísima, cuyo tono enérgico dice tan bien con la austera severidad del pensamiento, que parece como que destila por cada uno de sus tercetos el amarguísimo licor del desengaño.

Extraño parecerá, Señores, á la mayor parte de los que me escuchan que, hablando de Rioja, no aluda siquiera á la inmortal cancion *A las ruinas de Itálica;* mas cesará de todo punto la extrañeza cuando sepan que es ya un hecho averiguado con datos irrecusables que ese famoso y bellísimo trozo de poesía fué compuesto primitivamente por Rodrigo Caro y retocado despues por su mismo autor. No me es lícito aducir aquí las pruebas, porque esta gloria debe reservarse al sagaz investigador que ha logrado reunirlas. El mismo erudito y juicioso crítico que al ocupar el puesto en que hoy vemos al

Sr. Cañete, probó en su discurso de recepcion en nuestra Real Academia la individualidad del bachiller Francisco de la Torre como persona distinta de D. Francisco de Quevedo, nuestro compañero D. Aureliano Fernandez Guerra, en fin (pues no hallo motivo para rebozar en alusiones su distinguido nombre), ha puesto en punto de evidencia la propiedad de Rodrigo Caro, cuya corona gana mucho con este nuevo floron, sin eclipsar por eso la gloria de Rioja.

Sin duda, Señores, que vuestra benévola atencion debe de hallarse ya fatigada de verme así espigar trabajosamente en el campo mismo de donde ha sabido el Sr. Cañete sacar miés tan copiosa. Y sin embargo, todavía me siento irresistiblemente impulsado á implorar vuestra indulgencia para tocar brevísimamente otro de los puntos en que más rígida ha andado la crítica del discurso.

Personalizando sin duda en Garcilaso de la Vega su época, ha censurado el Sr. Cañete el abuso de las alusiones mitológicas. Digo que la censura recae sobre la época, y no sobre el poeta, porque de ese defecto no se halla exento ni aun el mismo Fr. Luis de Leon, que floreció muy poco tiempo despues que Garcilaso. Siete alusiones mitológicas nada menos contiene la *Profecía del Tajo*: en la primera estrofa leemos ya que

El rio sacó fuera
El pecho, y le habló de esta manera.

Habrá quien considere esta figura como una mera prosopopeya; yo percibo en ella cierto tufillo pagano que trasciende, y por eso la deberémos hacer entrar en cuenta. Prosigamos:

Las armas y el bramido
De *Marte*, de furor y ardor teñido.

Aquí ya parece más evidente que se habla del dios de la

guerra, del belicoso hijo sin padre de la iracunda Juno, del mismo que en la postrera estancia vuelve á mencionarse en estos términos :

El furibundo *Marte*
Cinco luces las haces desordena.

Volvamos otra vez atrás y leerémos :

El *Eolo* derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
El gran padre *Neptuno* da á la armada.

El Eolo pudiera en rigór tomarse por el viento mismo; mas la asistencia de esotra divinidad de los mares y el conjunto de la estrofa no permiten dudar que de quien aquí se trata real y verdaderamente es de aquel mismo *rex Eolus* que en su espaciosa caverna

Luctantes ventos tempestatesque sonoras
Imperio premit; ac vinclis et carcere frœnat.

Pasemos adelante, y hallarémos en la siguiente estrofa al héroe mitológico que, separados Calpe y Ávila, plantó su arrogante *non plus ultra*, muy ajeno de que España vendria con el tiempo á suprimirle el *non*. El verso dice :

. . . . ¿Ocupado
No ves ya el puerto á *Hércules* sagrado?

En fin, en la penúltima estancia hay otra personificacion de rio, en el mismo estilo mitológico que la del Tajo :

Y tú, *Bétis divino*,
De sangre ajena y tuya amancillado.

¿Se me dirá, por ventura, que, imitando la profecía de Nereo, Fr. Luis quiso hablar en esta oda el lenguaje de su modelo? ¿Se dirá lo mismo de la composicion dirigida al licenciado Juan de Grial, en que el poeta dice :

Ya *Febo* inclina el paso
Al resplandor egeo.....
Ya *Eolo*, al mediodía
Soplando, espesas nubes nos envia.....
Escribe lo que *Febo*
Te dicte favorable....., etc.

O cuando, escribiendo contra un juez avaro, diga :

. . . . Ni la *Meguera*
Con llamas infernales.....?

Pero semejante explicacion no se ajusta á la invocacion aquella de la oda *A todos los Santos* :

¡Oh *Musa* poderosa
En la cristiana lira !

Tampoco satisface esa razon aplicada á la oda *A Santiago*, que empieza :

Las selvas conmoviera,
Las fieras alimañas, como *Orfeo*.

Ni cuando, en la misma, recuerda otra vez á la feroz Euménide :

Y la infernal *Meguera*,
La frente de ponzoña coronada.....

Ni, por último, cuando apellida *Marte* al mismo héroe cristiano :

Que ya el Apóstol Santo,
Un otro *Marte* hecho,
Del cielo viene á dalle su derecho.

El ejemplo de Fr. Luis de Leon, poeta religioso, teólogo eminente, católico rancio, puro en sus creencias y ortodoxo en sus doctrinas, mal que les pesara á sus inquisitoriales enemigos, nos dispensa de buscar otros de poetas á quienes faltaron todos esos motivos de escrupulizar en punto á ideas tomadas de una religion falsa; pero sabido es que, hasta una época muy moderna, apenas se hallará un poeta exento de

esa nota, y por consiguiente, no puede recaer la censura exclusivamente sobre Garcilaso.

Y ahora bien, Señores; aun conviniendo en lo justo de la crítica, ¿no podriamos hallar alguna disculpa á tal pecado?—Anatematizando solamente el abuso, el lujo, por decirlo así, de mitología, ¿no podriamos conceder alguna licencia al poeta que, dentro de los términos del buen gusto, acude á la teogonía gentílica como á una rica mina de imágenes pintorescas, de personificaciones poéticas y de ingeniosas alegorías, que tienen además la ventaja de ser de todos entendidas?—¿Es muy grande, en efecto, el inconveniente de que aprovechemos con destreza y con ingenio esos restos, aun no completamente pulverizados, del tiempo antiguo y de una civilizacion precursora de la nuestra?—Vanos serán siempre é impotentes los esfuerzos del hombre para romper un solo eslabon de la cadena de los siglos, para impedir que el presente lleve marcada en sí la huella de los que ya pasaron; nuestra legislacion, nuestra filosofía, nuestras costumbres, y por consecuencia nuestra literatura, pueden y deben ser desemejantes de las del tiempo anterior al Cristianismo; pero ni aun la propagacion de este (suceso tan grande, como de orígen nada menos que divino) ha podido romper los lazos que unen á nuestra era con los tiempos históricos, y á estos con los fabulosos.

Cristianos somos, Señores, y todavía llamamos á cinco dias de los de la semana con los nombres de otras tantas divinidades del paganismo (profanacion en que no incurren nuestros hermanos y vecinos los portugueses); y es lo mas extraño que tras el dia de la Vénus gentil, viene el *Sabath* israelita, y luego el *dia* cristiano *del Señor* (*Dominica*, domingo). Los ingleses y alemanes siguen dedicando estos dos últimos dias á Saturno y al Sol: *Saturday* y *Sunday*, *Samstag* y *Sontag*.

No acumularé pruebas de un hecho tan conocido; recordemos, sin embargo, pues que en Madrid estamos, que el pueblo de esta corte llama todavía *Minerva* á cierta ceremonia religiosa de nuestro culto. No nos ensañemos, pues, contra estas que un neologista, aun sin haber saludado la astronomía, llamaria *aberraciones*, y toleremos que Garcilaso deleite nuestro oído y recree nuestra fantasía pintándonos en una bella imágen y en dulcísimos versos á aquel amante galeote:

. . . . . A aquel cativo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Vénus amarrado.

Yo bien sé tambien que en los bosques no hay sino árboles y arbustos, yerbas y otras plantas, maleza y matorrales, abrojos y espinas, sabandijas y alimañas, sapos y culebras; pero una de dos: ó he de considerar el bosque bajo este aspecto selvático y material, ó contemplar en él con ojos científicos las maravillas que allí prodigó el Autor de la naturaleza. El primer aspecto es indudablemente prosáico; el segundo no es todavía poético, ni lo será por desgracia hasta que se difundan y vulgaricen los adelantamientos de las ciencias naturales. Pues ¿qué recurso le queda al poeta? Las descripciones de escenas campestres se nos antojan, á los descontentadizos modernos, soporíficas y sobradamente inocentonas; los pastores de la égloga, inverosímiles; las divinidades del campo y de la selva, anticuadas; con tales escrúpulos nos vamos privando de grandes resortes poéticos. Todo eso lo sabia Garcilaso; sabia que en los bosques más ó menos umbrosos no hay sino esas cosas arriba dichas; debia de saber asimismo que, sobre todo en España, país del corcho, los alcornoques parecen como incompatibles con las nereidas,

adríadas, hamadríadas, oreades y napeas; pero Garcilaso y otros al nacer encuentran todavía en el mundo un recuerdo, un reflejo de aquellas antiguas creencias, tanto más poético cuanto más remoto, y tomando la pluma, le aprovechan, y nos hablan de ninfas y de sátiros, de náyades y de faunos; y esmaltan sus versos con imágenes y nombres de seres fantásticos, tan poéticos como dramáticas son las brujas no menos imaginarias de Macbeth. Eso hizo Garcilaso, Señores, y yo tengo para mí que la crítica de nuestro nuevo académico, justa y todo como es, quedaria completamente desarmada si viera que llegándose á él el enamorado Albanio, con dolorido semblante, voz dulcísima y patético acento le decia:

Hora, ..., escucha lo que digo;
Y vos, oh ninfas de este bosque umbroso,
Adó quiera que estéis, estad conmigo.

Si hemos de acriminar en el poeta que aluda á seres en cuya existencia no cree, extendamos la severidad aun más allá de la mitología. Digamos á Fr. Luis de Leon que en los espacios celestes no existen esas *dos osas* de que le hablaba á Felipe Ruiz, y que aun concedido el nombre de esas dos constelaciones polares (mucho mas absurdo que el de *Vénus* dado al tipo de la hermosura y el de *Marte* al espíritu guerrero), todavía es, poética, astronómica y absolutamente, falso que estén las tales

. . . . . dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.[1]

No hay remedio, Señores: el poeta (el hombre deberia yo decir) no puede ser materialista; en todas partes ve, oye y siente que allá dentro de la materia está el espíritu; y no se engaña, porque la última partícula de un cuerpo inorgánico, el postrero é indivisible átomo de materia creada, está lleno del espíritu del Creador. El poeta, pues, poseido de esta idea,

todo lo anima, todo lo personifica; no quiere ver en parte alguna objetos puramente materiales; todos los supone seres vivos é inteligentes, capaces de accion y movimiento, y como á tales les dirige su voz :

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que *os estáis mirando* en ellas.....
Hiedra que por los árboles *caminas*.....

El mar ¿qué viene á ser realmente considerado desde la orilla? Una gran masa de aguas, que obedeciendo á ciertas leyes físicas y cediendo á la presion mecánica de la atmósfera, se agitan en continuo bazuqueo, con la incoherencia propia de los líquidos. Pues este objeto, tan material y de tan poco efecto á los ojos de un pescador de la costa, hiere la mente del menos espiritualista de todos nuestros poetas, é inflamando su fantasía, le mueve á apostrofarle como pudiera á un ser real y efectivo, pensador y dotado de inteligencia y voluntad, y así le dice :

Pára un instante tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.

De esta personificacion y de este apóstrofe hasta la mitología no hay mas que un paso, que consiste en bautizar á la persona imaginaria, como lo es el mar en este ejemplo, con el nombre de Neptuno.

Peor es, Señores, en mi juicio, y más arriesgado para un poeta cristiano, entrometerse á un espiritualismo arbitrario, que, cuando menos, puede ser irreverente, y cuando más, heterodoxo y abominable. Para tratar de Dios y de su Santa Madre, y de los santos y de los únicos seres sobrenaturales en que nosotros creemos, es necesario: primero, que el asunto sea pura y exclusivamente sagrado; segundo, ser un poeta de

la talla de los Milton, de los Klopstock y de los Fr. Luis de Leon. Hasta hombres como Chateaubriand han resbalado en estos escabrosos asuntos, y aun en los poetas que he citado podriamos, sin ser inquisidores, encontrar mucho que tachar en sus ficciones espirituales. El diablo que Milton nos pinta, por ejemplo, no puedo yo persuadirme á que sea ninguna fotografía exacta de Satanás.

Sea lo que quiera de estas y otras ficciones censuradas por el Sr. Cañete, con justicia, á mi entender, cuando se abusa de ellas, vuelvo á mi primera asercion : lo bello de la forma hace agradable en Garcilaso lo que pueda tener de repugnante en el fondo el pensamiento.

Perdon os pido, Señores, de haber así abusado de vuestra bondad. Temo haberme extraviado en pos de una idea que meramente debí indicar, sin empeñarme en demostrarla; idea que, expresada en sus términos mas sencillos, se reduce á los siguientes :

En obras de imaginacion, en obras de arte, la buena ejecucion es tan importante como la esencia misma del pensamiento. En poesía la ejecucion, el desempeño del pensamiento poético están en la expresion poética, en la diccion, en el lenguaje poético, en la forma del metro y hasta en la armonía y conveniente eleccion y disposicion de las palabras. Nadie, por consiguiente, llegará á ser jamás gran poeta sin poseer y manejar magistralmente su lengua, sin tener la instruccion suficiente, el tino, el exquisito gusto y la capacidad filosófica y filológica necesarias para pulir la lengua, en vez de estropearla, para enseñorearse de ella y doblegarla á las exigencias del metro y de la entonacion poética.

En prueba de que es así, obsérvese cuán difícil es el traducir á un poeta. Y ¿por qué? ¿Hay acaso pensamiento alguno ó idea intraducible? No; lo que nunca puede verterse

de una á otra lengua exactamente no es la esencia, es la expresion, es la forma.

Desengañémonos, Señores; el estudio del idioma en que se ha de hablar ó escribir es indispensable á todos, pero más especialmente al orador y al poeta; yo creo que aun este último tiene la ventaja de estar más en aptitud que aquel para adelantar, pulir y perfeccionar la lengua en que se ejercita. Así lo hicieron nuestros grandes poetas, así lo hizo Garcilaso de la Vega, así el religioso Fr. Luis de Leon y el filosófico Rioja.

No es, pues, extraño que las tareas de la Real Academia Española tengan un atractivo irresistible para hombres que, como el Sr. D. Manuel Cañete, sienten arder su pecho en vivo celo por los adelantamientos de nuestra literatura. Venga, pues, á compartir con nosotros la fatiga de este incesante y árido trabajo; bien venido sea á atender con nosotros á ese crisol, emblema de nuestros estudios, no para ejercer una autoridad dictatorial, que la Academia nunca ha pretendido atribuirse, ni pudiera, sino para observar y hacer análisis, como el químico á quien se encomienda el estudio de los materiales extraidos de las minas, el cual no impone á nadie la obligacion de dar á tal ó cual la preferencia, sino que se contenta con decir: «Tomad; esto es oro puro, esotro estaño, plomo, escoria.»

Mas tenga entendido nuestro nuevo compañero que esta, al parecer, sencilla y pacífica tarea, no deja de tener sus amarguras. Los defectos, la imperfeccion inherente á toda obra humana, que aparecen en las nuestras, se exageran y se abultan. La severidad misma, la parsimonia con que la Academia procede para dar carta de naturaleza á voces, locuciones y modismos nuevos, mostrando por ese mismo hecho que ella no se cree autoridad, sino que meramente certifica

de lo que es ó ha sido canonizado por el uso de los doctos; esa misma escrupulosa circunspeccion, que no es otra cosa en resúmen sino la estricta observancia de los deberes de su instituto; esa se le achaca á delito por los que quisieran introducir en una lengua de tan hondas raíces y filosófica ramificacion como la nuestra, en una lengua la más consecuente en su analogía, la de más lógica sintáxis, de tan etimológica y sencilla ortografía y de tan magnífica como armoniosa prosodia, el más espantoso desórden, la caprichosa confusion y la anarquía.

Mas este criterio que la Academia ejerce, natural es que no contente á todos, y menos aun á los indoctos y espíritus ligeros.

No esperen, pues, gloria ni aplauso, y mucho menos gloria y aplauso individual, los que se asocien á nuestra ímproba tarea. Además de que estas labores literarias, sobre todo las críticas, las filológicas, las etimológicas y gramaticales, rara vez tienen su galardon en el aprecio de los contemporáneos. Forzoso es alzar los ojos á la posteridad y aguardar su fallo; entre tanto, todo es marchar por una senda llena de espinas y de abrojos.

Bien que el Sr. D. Manuel Cañete, que tan al dedillo se sabe á Garcilaso, por él y por su propia experiencia se tenia muy sabido que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien de allí declina.

He dicho.